



De izquierda a derecha, los jueces y exjueces de paz José Antonio, Mari Cruz, José Luis y Noelia, miembros de la familia Ibáñez, en Beniel. ROS CAVAL / AGM

Una saga para calmar al pueblo

Cuatro generaciones de la familia Ibáñez han ejercido como jueces de paz en Beniel, mediando y resolviendo conflictos vecinales

R. HERNÁNDEZ

MURCIA. En Beniel, la Justicia no siempre tuvo despacho, ni horario, ni toga. Durante décadas se ejerció en voz baja, alrededor de una mesa camilla o en mitad de la huerta, con el barro aún fresco en los zapatos. Allí, entre acequias, lindes y discordias, la familia Ibáñez fue tejiendo una tradición poco común con cuatro generaciones de jueces de paz, desde Manolo Ibáñez, conocido como 'Papa Lolo', el bisabuelo, hasta Noelia Ibáñez, que representa el último eslabón de una estirpe caracterizada por la mediación y la cercanía.

No fue una vocación heredada a conciencia, ni una saga diseñada de forma artificial. Simplemente ocurrió. En una casa donde se hablaba de conflictos vecinales con la misma naturalidad que de las cosechas, la figura del juez de paz formaba parte del pai-

saje doméstico. «Yo me he criado en ese entorno», resume Noelia. «He visto toda la vida a mi padre y antes a mi abuelo ejerciendo, escuchando, intentando calmar». Durante años, los problemas que llegaban al juzgado tenían un origen casi siempre rural.

La tierra y el agua. O, como lo dice Mari Cruz Navarro Ibáñez, prima de Noelia y jueza de paz en ejercicio en Santomera desde hace 35 años, «el agua caliente más que el vino». Bastaba con no levantar un tablacho o desviar una acequia para que surgiera la disputa. Primero se hablaba, luego se discutía y, si la cosa se torcía, aparecía el juez de paz para intentar que aquello no acabara peor.

Esa función nació precisamente para eso. Para mediar antes de que el conflicto creciera. En Beniel, como en otros pueblos de huerta, existían órganos tradicionales para regular el agua, como el Consejo de Hombres Buenos o las juntas de hacendados, pero cuando había amenazas o golpes, el asunto entraba ya en el terreno judicial. Aun así, el primer paso casi siempre era sentar a las partes.

Los primeros jueces de la fa-

milia Ibáñez no fueron nombrados por ningún boletín oficial. Lo fueron por consenso social. «Bastaba con la reputación», recuerda José Luis Ibáñez, padre de Noelia. Una fotografía de 1964, durante la coronación de la Virgen del Rosario en Beniel, muestra las cabezas de mando de cualquier pueblo de la época con el alcalde; el cura; el juez de paz, Antonio Ibáñez, alias 'Papa Tono', abuelo de Noelia; y el secretario del Ayuntamiento, alineados al frente del pueblo. Años antes había ocurrido lo mismo con Papa Lolo, en la primera romería de San Isidro.

Más control institucional

Hoy el procedimiento es otro. «Ahora el Ayuntamiento propone el nombramiento en pleno y el Tribunal Superior lo ratifica», explica Noelia. Hay certificados de antecedentes penales y trá-

Durante años, los problemas que llegaban al juzgado tenían un origen casi siempre rural. La tierra y el agua.

mites formales. La figura ha perdido parte de aquel carácter casi simbólico, pero ha ganado en control institucional. Lo que no ha cambiado es la expectativa. «Se sigue esperando honestidad, equilibrio y capacidad para calmar conflictos».

El juez de paz no solo media. Era también la puerta de entrada al Registro Civil. Por sus manos pasaban nacimientos, matrimonios, divorcios y defunciones. «Son firmas que se quedan en libros que luego forman parte de la memoria familiar del pueblo», señala Noelia. José Antonio Ibáñez, primo de Noelia y otro de los miembros de la saga, recuerda las bodas. Algunas sencillas, otras llenas de sospechas.

«Había casos en los que había que hablar con ella y con él por separado, por si alguien venía forzado o con intereses ocultos. Esa audiencia privada se implantó para detectar presiones que, de otro modo, quedaban ocultas», añade Mari Cruz.

La cercanía, sin embargo, es un arma de doble filo. «Juzgas a personas con las que luego te cruzas en la calle», admite la actual jueza de paz de Santomera. No todos aceptan una decisión que no les beneficia y a veces derivan en saludos fríos y otros que se retiran. En ocasiones, pocas, la cosa se ha puesto más fea. «En un asunto

de riego, en el campo de La Matanza, un hombre me sacó una escopeta. En otra ocasión fue un sable», recuerda.

Fueron episodios extremos, pero excepcionales. Para José Luis Ibáñez, la clave siempre fue escuchar. «Escuchar a los dos, incluso cuando ambos creen tener razón. Rara vez alguien cuenta toda la verdad». La mayoría de los conflictos se resuelven cuando las partes ceden un poco. Cuando no ocurre, el asunto pasa a instancias superiores.

Desahucios, las nuevas lindes

Ahora los problemas ya no son los de antes. Los lindes han sido sustituidos por desahucios, impagos y ocupaciones. Conflictos largos, desgastantes, en los que el juez de paz queda atrapado entre quien no puede pagar y quien siente que le arrebatan lo suyo.

Aun así, la esencia es la misma. «La mediación no solo marca el cargo», dice Noelia, «te cambia la manera de vivir. Aprendes a hablar, a rebajar tensiones, a no acostarte enfadado». En Beniel, esa tarea ha pasado de mano en mano dentro de una misma familia. No como una herencia, sino como una forma de estar, escuchar y decidir, con paciencia, con los pies en la tierra y la voluntad de devolver una y otra vez la paz al pueblo.